

ya por su *voluntad de beneplácito*, que es la que Dios nos da a conocer a través de los acontecimientos que nos afectan y que El permite.

2° *Quererlo porque El lo quiere*; pues el acto más perfecto, pero al cual tendríamos por el motivo desordenado de nuestra voluntad propia, dejaría de ser agradable a Dios y meritorio para el cielo.

*Así se corrige el primer defecto de la voluntad, que es la **independencia**; con el siguiente se corrige su segundo defecto, la excesiva **debilidad e inconstancia**.*

3° *Quererlo cueste lo que cueste*, con un tesón y perseverancia que supere todo obstáculo exterior y repugnancia interior; pudiendo conseguirlo: • por la repetición e intensidad de actos de voluntad sobre un mismo punto que sabemos agradar a Dios y que cuesta a nuestra naturaleza; • y por la invocación incesante de la gracia de Dios y de la ayuda materna de María.

5° La conformidad con la voluntad de Dios.

De lo dicho se deduce que la conformidad con la voluntad divina es la perfección de la mortificación de la voluntad. Se la puede definir como una amorosa, total y entrañable sumisión y concordia de nuestra voluntad en todo lo que Dios disponga o permita de nosotros. Reviste dos formas:

1° *Conformidad de acción*, por la que hacemos lo que Dios quiere. Es la conformidad con la voluntad divina significada, y consiste en la obediencia filial a lo que Dios nos manda, ya exteriormente por sus mandamientos y por los superiores, ya interiormente por las inspiraciones de la gracia, debidamente controladas y sancionadas por el director espiritual.

2° *Conformidad de aceptación*, por la que queremos lo que Dios hace. Es la conformidad con la voluntad divina de beneplácito, y consiste en el abandono y sumisión filial a todas las disposiciones de la divina Providencia. Se funda en el principio de fe de que nada sucede sin la voluntad de Dios, es decir, sin su orden o permisión (Mt. 10 29-30), y puede practicarse en tres diversos grados: • **CON RESIGNACIÓN**: uno se somete sin murmurar, pero no sin vivas repugnancias, ni sin pedir a Dios ser liberado si tal es su voluntad; Nuestro Señor quiso ser modelo de este primer grado durante su agonía en el Huerto de los Olivos (Mt. 26 39-42); • **CON PLENA CONFORMIDAD**: lo cual supone una fe más viva y un amor más ardiente y generoso; también de ello quiso Jesús ser nuestro modelo cuando, al dejar el Cenáculo para ir a su Pasión, dijo: «A fin de que conozca el mundo que Yo amo al Padre, y que cumplo con lo que me ha mandado, levantaos, vayámonos de aquí» (Jn. 14 31); • **CON AGRADECIMIENTO Y ALEGRÍA**: el alma no desea en este mundo nada más que Dios y su beneplácito; indiferente a todo lo demás, pone toda su felicidad en conformarse con el beneplácito divino, sea cual sea la forma o el intermediario por el que le llega; también en eso Jesús se ofrece como modelo cuando dice: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de mi Pasión» (Lc. 22 15).

Mortificación del entendimiento y de la voluntad

De la mortificación exterior pasamos ahora a la MORTIFICACIÓN INTERIOR, ejercida sobre las facultades superiores del hombre, entendimiento y voluntad. Con ella procedemos a combatir la principal concupiscencia, a saber, el *orgullo de la vida*, a base de una sumisión plena de estas dos facultades a Dios y a su santa ley.

1° Naturaleza del entendimiento.

El entendimiento es la *facultad de pensar, razonar y juzgar a la luz de la verdad*, para dirigirnos hacia nuestro fin. Podemos considerarlo desde dos puntos de vista: • uno más bien *especulativo*, como facultad de saber, es decir, de percibir, relacionar y conservar conocimientos de orden natural y sobrenatural; • y otro más bien *práctico*, en cuanto que es movido por la voluntad a asentir, juzgar o decidir, afirmar o negar.

Mortificar el entendimiento es combatir el desorden que el pecado original introdujo en él, y someter esta facultad a la dirección de Dios, es decir, a la luz de la fe, sin la cual sería impotente para dirigirnos hacia nuestro fin sobrenatural. Los defectos que resultan del pecado original para el entendimiento son:

1° En el JUICIO ESPECULATIVO: • la **ignorancia** de las verdades naturales y sobrenaturales, necesarias para el cumplimiento de nuestros deberes y para alcanzar la salvación y la perfección; • la **vana curiosidad**, o inclinación a satisfacer nuestra necesidad natural de saber, con conocimientos inútiles, peligrosos o malos; • la **ligereza de espíritu**, o tendencia a dejarnos distraer del deber del momento mediante todo tipo de pensamientos o preocupaciones ajenas.

2° En el JUICIO PRÁCTICO: • la **precipitación**, o tendencia a juzgar sin reflexión, que lleva a juicios superficiales, temerarios o falsos; tendencia a tomar decisiones a la ligera, que puede comprometer nuestros intereses naturales o sobrenaturales; • la **indecisión**, o tendencia a no saber tomar una decisión cuando sería necesario, o a exigir una certeza absoluta en casos que sólo pueden ofrecer una certeza moral; lo cual paraliza al alma e introduce en ella la confusión y la perplejidad; • la **terquedad**, o disposición de un espíritu orgulloso a preferir por principio el propio modo de ver las cosas al de los demás, aunque tengan misión de dirigirnos (la Iglesia, los Superiores).

La *importancia* de esta mortificación se desprende de la condición del entendimiento, que es, junto con la voluntad, la facultad que dirige al hombre. Si la voluntad es como el timón que imprime la dirección a nuestra vida, el entendimiento es como la brújula que muestra a la voluntad el camino a seguir y el fin a alcanzar. Por esto, la herida que el pecado original dejó en el entendimiento es la más devastadora de todas, por el desconocimiento en que dejó al hombre de su último fin sobrenatural. De ahí la necesidad de una actitud rectificadora del entendimiento: • que por una parte *lo libere* de las impotencias, tinieblas e ilusiones que el pecado acumuló en él; • y que por otra parte *lo esclarezca* con las luces divinas de la fe, para que haga de ellas la regla principal de sus pensamientos, juicios y decisiones. Sólo así podrá dirigirnos de nuevo con seguridad hacia nuestro fin sobrenatural.

2º Mortificación del entendimiento.

Para mortificar el entendimiento hay que combatir el desorden que en él introdujo el pecado, a fin de someterlo a las luces de la fe.

1º *La ignorancia*. Debemos aplicarnos a la adquisición de los conocimientos sobrenaturales necesarios para santificarnos y salvarnos, y al estudio de los deberes propios de nuestro estado. Tendremos ante Dios la responsabilidad de toda falta que resulte de una ignorancia culpable.

2º *La vana curiosidad*. Debemos prohibirnos, bajo pena de pecado, todo estudio malo o peligroso; y es conveniente abstenerse también de toda lectura inútil o de pura curiosidad, para no dañar al recogimiento y no perder un tiempo que debemos íntegramente a Dios.

3º *La ligereza de espíritu*. Debemos mantener nuestro espíritu habitualmente orientado a Dios por la pureza de intención, y fijar toda nuestra atención en el deber del momento presente, expresión de la voluntad de Dios.

4º *La precipitación del juicio*. Hemos de inspirarnos en la prudencia natural y sobrenatural; por eso, antes de emitir un juicio sobre algo o tomar una decisión, debemos: • recogernos unos momentos para pesar los motivos de razón y de fe; • elevar un instante la mirada del alma al Dios de toda luz y a la Madre del Buen Consejo; • recurrir, en los casos más graves, a los consejos de un amigo sensato y prudente, o a los representantes de Dios.

5º *La indecisión*. Como en el caso anterior: • hay que elevar un instante el corazón a Dios y a María, con el deseo sincero de conocer y cumplir únicamente su voluntad; • reflexionar según el tiempo de que se dispone y según la importancia del asunto; • y, finalmente, decidirse sin dudar en favor de la opción que cuenta con las razones de más peso. Obrando así, cualquiera que sea el resultado, estamos seguros de obrar según el espíritu de Dios.

6º *La terquedad*. Para curarse de la terquedad hay que cultivar asiduamente: • una fe simple en las directivas de la Iglesia, y una humilde docilidad a los que tienen la misión de dirigirnos; • la humildad y la caridad, hasta el punto de saber

mortificar nuestras opiniones personales en los temas de discusión libre, desde el momento en que lo exija el interés de la paz.

3º Naturaleza de la voluntad.

La voluntad es la *facultad por la cual buscamos el bien conocido por el entendimiento*. Es una facultad ciega en sí misma, pues necesita ser esclarecida y guiada por la inteligencia. La voluntad, con el entendimiento como guía, es también la facultad de determinarnos a nosotros mismos, libremente, a hacer o no una cosa, o a hacer ésta con preferencia a aquélla, o a hacerla de tal o cual modo.

Mortificar la voluntad es curar el desorden que en ella introdujo el pecado original, para someterla a la voluntad de Dios, regla primera de toda voluntad razonable. El desorden de la voluntad se manifiesta bajo dos formas principales:

1º *La voluntad propia o independencia de voluntad*, que consiste en querer obrar según el propio capricho, independientemente de la voluntad de Dios y de sus representantes.

2º *La debilidad e inconstancia de voluntad*, que hace que la voluntad, habiendo perdido el dominio absoluto sobre las facultades sensibles, se deja desviar fácilmente del deber (es decir, del cumplimiento de la voluntad de Dios) por el impulso de las propias pasiones e inclinaciones viciosas, o por la influencia de incentivos exteriores.

De ahí la *necesidad* de una doble labor rectificadora: • una, para someterla plenamente a Dios mediante una total conformidad con su divino beneplácito; • otra, para robustecer su autoridad con relación a las facultades inferiores hasta sometérselas enteramente.

4º Mortificación de la voluntad.

La mortificación de la voluntad es la forma más perfecta de la abnegación: • ante todo, porque tiene como *efecto negativo* dar muerte a la voluntad propia, que es el elemento constitutivo de todo pecado —el cual es esencialmente un acto de voluntad propia, contrario a la voluntad de Dios—, y como *efecto positivo* conformar en todo nuestra voluntad con la voluntad de Dios, condición esencial de toda santidad; • y luego, porque la voluntad es la facultad que manda como reina y señora a todas las demás facultades del alma y a todos los sentidos del cuerpo; y así, gobernarla bien supone gobernar bien todo nuestro ser para mantenerlo bajo la ley de Dios.

Para mortificar la voluntad, hay que establecerse en lo que San Ignacio y San Francisco de Sales llaman «*santa indiferencia*», que consiste en hacerse indiferente a todo, salvo a lo que se sabe ser la voluntad de Dios; o, en otras palabras, *no querer sino lo que Dios quiere, porque Dios lo quiere, y cueste lo que cueste*.

1º *No querer sino lo que Dios quiere*, ya nos lo manifieste Dios por su *voluntad significada*, que es la que El nos muestra claramente por medio de los mandamientos, las leyes de la Iglesia, los superiores y las inspiraciones de la gracia;